

Liz

Dolor pasado por agua

Podías sentir en el aire que hoy no iba a ser una noche cualquiera, mamá estaba especialmente bella, en su vestido de flores. La brisa movía las cortinas de color blanco marfil, y mi madre, que de repente se había detenido a observar el portarretrato de la mesita de centro, permanecía en silencio mientras su cabellera negra, danzaba al compás de las ráfagas de viento, que se colaban por la ventana.

Quise preguntarle qué había de cenar, pero extrañamente no me salió la voz. Creo que en el fondo no quería interrumpir, la gracia con la que permanecía de pie, era hipnotizante. Después de un rato dejé de observarla, y mis ojos se fueron a las paredes, algunas manchas ocres aparecieron. Sonó de repente el teléfono, mi madre se sobresaltó, y contestó de prisa:

-Aló? Ernesto?... así que de nuevo te quedas hasta tarde en la oficina. Sí, cenaré sola, te queda la comida encima de la estufa para que la calientes más tarde entonces.

De repente colgó sin dejar que mi padre dijera adiós y caminó con paso ligero hacia la cocina. Yo estaba sentada en la escalera y la vi pasar como un rayo, cuando doña Elena estaba molesta era mejor dejarla en paz.

Subí saltando al segundo piso, me tiré sobre el tapete y al alzar la vista, las manchas ocres aparecieron de nuevo. Traté de mover mis párpados, pero parecían tensados con unos hilos y eso me impidió cerrar los ojos. Qué raro, dije en voz baja, y me incorporé. En mi cuarto había un bonito peinador con un espejo enorme, quería sentarme y cepillar mi cabello, era un ritual que me calmaba, pero me tropecé con una sábana café que lo tapaba todo, no podía ver mi reflejo. Luego noté que una gruesa capa de polvo color plata, cubría mi alrededor.

Mamá era una obsesionada con la limpieza, no entendía porque mi cuarto era víctima de tal descuido. “*Armas la de Troya, Elena*”, decía mi padre, cuando empezaba su cantaleta en “*Mi mayor*”. Mi madre no conocía de armonía musical, pero si que se le daba bien echarme la culpa a mí, mis descuidos con el orden la ponían bastante nerviosa.

¿La luz no está encendida?, me pregunté, cuando vi que lo que hacía brillar las partículas apelmazadas, era la poca claridad del farol de la casa vecina, que entraba por debajo de la puerta de mi balcón. Empecé a sentirme bastante angustiada, todo era tan ajeno, mi cuerpo se tornó frío, podría asegurarles que el color azul brotaba por mis poros y me teñía toda. En medio de mi malestar toqué la mesa de noche descuidadamente, mi pequeña caja musical cayó al suelo, y una melancólica canción de cuna empezó a sonar.

Dirigí mi rostro hacia la puerta y una extraña sombra apareció, mi madre en su bata de dormir, pronunció estas palabras mientras extendía su mano: *Déjate de juegos mi pequeña, es hora de que vengas a la cama*. Instantáneamente mis piernas y mis manos empezaron a alargarse y a multiplicarse, mi figura humana me abandonaba y me convertía en un híbrido de araña, corrí hacia ella, pero me dio la espalda, anudó su cabello y solo pude aferrarme de su cuello, palpé sus huesos mientras mis patas se clavaban, y de repente quedé incrustada en su espina dorsal. Debo confesar que al principio luché por separarme, pero luego sentí el corazón sobrecogido de Elena y sus latidos rítmicos

empezaron a calmarme. Mi mamá era mi lugar seguro y me deshice en lágrimas, sentía que mi carne era agua y fluía como un río, lo único que no se desvaneció fueron mis ojos, dos cavidades que ahora se ajustaban rápidamente a las córneas de quien era mi anfitriona, y entendí...

Vi cómo un 31 de octubre se me fue la vida, mi mamá se acercaba al lago y su alma se partía en dos al observar mi cuerpo flotante. Gritó tan fuerte que las ninfas que dormían debajo de los nenúfares sintieron pena, y el universo conspiró para reparar su espíritu roto, permitiendo que una noche al año, seamos una, nuevamente.

Ya es de día y mi padre ha despertado a su Elenita con un beso en la frente, me he recuperado y ahora puedo salir de la casa. Mientras me marchó, mis padres hablan en su habitación:

- *¿Cómo dormiste mi amor?*, dijo mi padre.

- *Completa Ernesto... completa.* Mi madre sonrió.